En un extraordinario pasaje del *Leviatánn* (1651), Hobbes utilizó menos de cien palabras para exponer un análisis de los incentivos para la violencia que hoy es tan bueno como cualquier otro:

“Así, pues, encontramos tres causas principales de riña en la naturaleza del hombre: primero, competición; segundo, inseguridad; tercero, gloria. La primera hace que los hombres invadan por ganancia; la segunda, por seguridad; y la tercera, por reputación, Los primeros usan de la violencia para hacerse dueños de las personas, esposas, hijos y ganado de otros hombres; los segundos, para defenderlos; los terceros, por pequeñeces, como una palabra, una sonrisa, una opinión distinta o cualquier otro signo de subvaloración, sea directamente de su persona o por reflejo en su prole, sus amigos, su nación, su profesión o su nombre.

Hobbes consideraba que la competición era una consecuencia inevitable de agentes que luchan por sus intereses. Hoy vemos que esto está incorporado en el proceso evolutivo. Los organismos pueden entenderse como máquinas de supervivencia, y las máquinas de supervivencia capaces de alejar a sus competidores de recursos finitos como la comida, el agua y un territorio deseable se reproducirán más que sus competidores, con lo cual habrá en el mundo máquinas de supervivencia más apropiadas para esa competición.

Los pueblos recolectores pueden invadir para conseguir territorios, como terrenos de caza, abrevaderos, orillas o desembocaduras de ríos, y fuentes de minerales apreciados, como el pedernal, la obsidiana, la sal o el ocre. Pueden robar ganado o alijos o alijos de comida almacenada. Y muy a menudo luchan por obtener mujeres. Actualmente sabemos por qué las «esposas» fueron uno de los recursos principales por los que los hombres debieron competir. En la mayoría de las especies animales, la hembra realiza una inversión mayor en su descendencia que el macho. Esto es especialmente cierto en el caso de los mamíferos, en los que la madre gesta a sus crías dentro del cuerpo y cuida de ellas tras el parto. Un macho puede multiplicar el número de hijos apareándose con varias hembras -lo que dejará a otros machos sin hijos-, mientras que una hembra no puede hacer lo propio apareándose con varios machos. Eso hace que la capacidad reproductora femenina sea un recurso escaso por el que.compiten los machos de numerosas especies, incluidos los seres humanos.

(A propósito, nada de lo que acabamos de comentar supone que los hombres sean robots controlados por sus genes, que tengan alguna justificación moral para violar o pelear, que las mujeres sean premios sexuales pasivos, que las personas intenten tener cuantos bebés sea posible o que sean inmunes a las influencias de su cultura, por nombrar sólo algunos de los malentendidos habituales de la teoría de la selección sexual)

La segunda causa de riña es la seguridad, una palabra que está relacionada con el miedo. Esta segunda causa es consecuencia de la primera: la competición genera miedo. Si sospechamos que el vecino está dispuesto a eliminarnos de la competición, por ejemplo matándonos, entonces nosotros tenderemos a protegernos eliminándole primero a él con un ataque preventivo. Podemos tener esta tentación, aunque por lo demás no seamos capaces ni de matar a una mosca, puesto que no deseamos permanecer inactivos y esperar a que nos maten. Lo trágico es que nuestro rival tiene sobradas razones para efectuar el mismo cálculo, aunque también sea de esas personas que no mataría ni a una mosca. De hecho, aunque *supiera* que nosotros no teníamos planes agresivos hacia él, podría con razón preocuparse por la posibilidad de que nosotros tengamos la tentación de neutralizarle por miedo a que él nos neutralice primero, lo que nos da un aliciente para neutralizarle antes, y así ad infinitum. El científico político Thomas Schelling propone la analogía de una persona armada que sorprende en su casa a un ladrón armado; los dos tienen la tentación de disparar sobre el otro para evitar que el otro dispare primero. Esta paradoja recibe a veces el nombre de “trampa hobbesiana” o, en el campo de las relaciones internacionales, el “dilema de la seguridad”[[1]](#footnote-1).

También está ampliamente documentado que las sociedades sin estado invaden para protegerse, cayendo así en la trampa hobbesiana. Quizá formen alianzas con otros pueblos para atacar a un enemigo común o lanzan ataques preventivos si creen que el enemigo es demasiado fuerte. Un yanomami de la Amazonia dijo lo suguiente a un antropólogo: “estamos cansados de luchar. Ya no queremos matar más. Pero los otros son traicioneros, y no se puede confiar en ellos”

¿Cómo pueden los agentes inteligentes escapar de una trampa hobbesiana? Lo que parece más sensato es utilizar una política de disuasión. Una política de disuasión creíble puede eliminar los alicientes del rival para invadir con el fin de conseguir un beneficio, pues el coste de la represalia anularía el botín previsto. La política de disuasión requiere el compromiso de no golpear primero y la necesidad ser lo bastante fuerte para sobrevivir al primer golpe, y tomar represalias contra cualquier agresor con la misma moneda. Con esta política no solo se eliminaría la tentación del rival de atacar por “competición” (para obtener una ganancia) sino también por “miedo” ( mediante un ataque preventivo), y ello debido a nuestro compromiso de no atacar primero. Además, nosotros mismos también tendríamos menos alicientes para atacar primero, pues la disuasión reduce la necesidad de efectuar un ataque preventivo.

De todos modos, la clave de la política de disuasión es la credibilidad de la amenaza con la que vamos a responder. Si nuestro adversario cree que puede eliminarnos al primer golpe, no tiene motivos para temer represalias. Y si cree que, después de atacarnos, podemos racionalmente aguantarnos las ganas de represalia (porque seguramente en ese momento ya es demasiado tarde para que sirva de nada), quizá se aproveche de esa racionalidad y nos ataque impunemente. Por tanto, solo si estamos dispuestos a refutar cualquier sospecha de debilidad, a vengar todas las ofensas y a saldar todas las cuentas pendientes, será creíble nuestra política de disuasión. Ta tenemos, pues, una explicación para el aliciente de invadir por pequeñeces: “una palabra, una sonrisa”, como decía Hobbes, o cualquier otro signo de menosprecio. Hobbes lo llamaba «gloria»; otros lo pueden llamar “honor”, aunque la palabra más precisa en nuestra época es «credibilidad». Y esta exige represalias en caso de ser ofendida. Tiene sed de venganza.

La mayoría de estudios coinciden en señalar la venganza como el móvil más frecuente para la guerra. En la *Ilíada*, Aquiles habla de la venganza como un sentimiento “mucho más dulce que la miel rezumante que crece en los corazones de los hombres”. Los individuos recolectores tribales se vengan del robo, el adulterio, el vandalismo, la caza furtiva, el rapto de mujeres, los acuerdos incumplidos, la supuesta brujería y los actos previos de violencia. En un estudio transcultural se observó que en el 95% de las sociedades se aprueba explícitamente la idea de quitar una vida por una vida. Los pueblos no solo notan que aumenta la venganza en sus corazones, también saben que a sus enemigos les pasa lo mismo. Es por eso por lo que, a veces, matan hasta el último habitante del pueblo que atacan, niños incluidos: se adelantan a que cualquier superviviente quiera vengar a sus parientes asesinados.

1. La política de disuasión también se conoce como equilibrio del terror, y durante la Guerra Fría recibió el nombre de “carrera de armamentos” o, con mayor exactitud, destrucción mutua asegurada (MAD, por sus siglas en inglés). La paz que pueda prometer una política de disuasión es frágil, pues la disuasión reduce la violencia sólo mediante otra amenaza de violencia. Cada bando debe reaccionar ante cualquier signo no violento de falta de respeto con una demostración violenta de entereza, por lo cual un acto de violencia puede llevar a otro en un ciclo de represalias interminable. [↑](#footnote-ref-1)